

¿Dónde se fue?

Patricio Flores



Capítulo 1

¿Dónde se fue?

Esto había comenzado como todas las calamidades comienzan: con un grupo de seres incapaces de razonar o deliberadamente dejándolo de hacer y con suficiente poder para dar un golpe que jamás será el único.

De eso ya ha pasado mucho tiempo. Somos parte de un país pequeño y distante de donde esos arrebatos disfrazados de decisiones comenzaron, pero más temprano que tarde nos terminaron afectando.

Constantemente recuerdo la vida que llevaba antes de esto. El despertar conectado a la rutina pero con pequeñas píldoras de escape que lo constituían un todo: los desayunos con café cargado y las galletas de avena que le gustaban a la mamá, los almuerzos de fin de semana preparados por el papá, las movidas de cola de mi perro, los masajes de mi gata sobre mi estómago. Las canciones que entonaba en soledad en ese pequeño Hyundai rojo que tenía, las cervezas de los sábados con mis pocos amigos, ese cine viejo en el centro donde me pasaba horas cuando quería estar solo. Y a ella. Su sonrisa... la forma en que se reía de mí cuando se le ocurría una broma pesada. Su piel suave...su adiós.

Todo eso quedó atrás. Todo eso ya no está, todo terminó. Y aquí sigo yo, décadas después en un mundo para el que no nací, para el que me tuve que adaptar y renacer.

Estoy seguro que es un martes 9 de octubre. Ya soy un hombre viejo que por alguna razón que en general desconozco, he aguantado solo por mucho tiempo. He permanecido por un par de días escondido en este lugar que alguna vez fue un casino de una empresa, con seguridad rebotante de vida, ajetreo y conversaciones, olores y sabores. Otras personas habitan aquí, pero sigo solo. Así lo prefiero. La última vez que me permití acercarme a alguien lo suficiente como para pensar en confiar, sucedió lo que me ha llevado a escribir este texto. Y no fue hace mucho tiempo atrás.

Los inviernos se han vuelto cada vez más duros y ese año no fue la excepción. Dentro de mi antiguo refugio hacíamos lo que podíamos, en especial si había que hacer la ronda durante la noche mientras los otros dormían o intentaban hacerlo al menos.

Esa noche despertamos todos con los golpes a la cortina metálica cerrada.

Al ser uno de los dos que montaba guardia esa noche, fui el primero en verlos por entre el espacio de unos maderos dispuestos para cubrir la

ventana con la que contaba el lugar. Eran dos y al ver a uno de ellos decidí asomarme al exterior, siempre con mi arma a cuestas.

—Por favor, ayúdenos —dijo el hombre, desesperado.

El niño delante de él captó de inmediato mi atención, tenía los ojos claros, la mirada esquiva y el pelo mojado. Vestía jeans azules y un polerón plomo con capucha.

— ¡Ya estamos completos! —vociferó una voz desde el interior que yo protegía.

Y en el fondo era difícil determinar que tan completos estábamos. Como dato irrefutable puedo decir que en ese momento éramos 9 personas, pero siempre sentí que si hubiésemos sido 2 igual nos habríamos sentido “llenos”.

Sentí la tentación de volver a manifestarles con voz determinada y mirando al adulto a los ojos, nuestra incapacidad de ayudarlos pero era un niño el que estaba allí también. Un niño. Y uno que no debía de sobrepasar los 10 años. Había olvidado hace cuantos años que no veía a un niño.

Dentro de nuestra cruda realidad, todos tendíamos a pensar que los seres más indefensos no habían podido aguantar un desolado mundo viviendo así, escondidos, rodeados de hambre y miseria, mucho menos expuestos a la locura que se desataba en las calles. Niños y animales eran luces casi extintas en un reino de oscuridad. Ver a este pequeño ser casi empapado, temblando y sin poder o atreverse a fijar la mirada en mí, me impactó como hace mucho nada ni nadie lo hacía.

Dudé en si lo que me dictaba mi instinto y lo que restaba de sentido común era lo correcto. En cambio, mi corazón desprovisto por años de cualquier emoción digna, habló sin dudas y con más fuerza.

— ¡Hay un niño aquí! —grité de vuelta con seguridad para que mis 8 compañeros de escondite me escucharan con claridad.

No esperé respuesta aunque sentí los cuerpos poniéndose en movimiento, algunos con rapidez, otros aletargados seguramente por la sorpresa.

—Pasen —dije y comencé a destrabar la primera puerta interior cubierta con 4 maderos dispuestos de extremo a extremo del dintel en forma horizontal.

Contrario a lo que primero pensé, dos hombres, el señor Kimo y Cao, el primero un señor más anciano que yo, y el segundo un chico de unos 30 años, fueron los primeros en llegar y asistirme con las maderas. Una vez

estas fuera, utilicé mi llave y abrí la primera puerta. Después hice lo propio con uno de los candados de la metálica cortina que nos separaba de la calle y en ese momento también, del hombre y el niño. Cao y el Sr. Kimo abrieron los otros 3 candados.

La cortina metálica subió con lentitud y con su chirrido acostumbrado y solo a la altura suficiente para descubrir las figuras de los extraños.

—Entren —dijo el Sr. Kimo y tomó por el brazo al niño que se sobresaltó por el contacto. El hombre se agachó y traspasó el umbral para adentrarse en nuestro refugio.

Con rapidez, Cao bajó la cortina y se encargó de realizar el mismo ritual con la otra puerta para volver a quedar aislados de la oscuridad exterior.

Se encendieron las luces del pequeño salón donde alguna vez había funcionado el salón lleno de vida de esa que alguna vez fue una cafetería y que ahora no era más que un derruido y forzado comedor construido con 6 mesas y una que otra silla arrejuntadas formando una L donde nos juntábamos los 9 a comer lo dispuesto para ese día o conversar y planear quien debía salir al otro día a buscar comida y ropa, o quienes hacían la guardia por la noche.

— ¿Quiénes son? —inquirió Max, otro refugiado, acercándose a los invitados.

El hombre que vestía botas negras y un largo abrigo café muy sucio y llevaba además una mochila en la espalda, se mostró nervioso ante la pregunta y nos observó a todos con recelo antes de contestar.

—Soy Vidal —dijo como quién suelta un secreto.

— ¿Y el niño? —pregunté enseguida —¿Cuál es tu nombre, pequeño?

El chico miró en torno con intermitencia. Estaba claramente nervioso. Hasta que finalmente fijó su mirada en el suelo bajo sus zapatillas sucias.

—No habla —espetó Vidal —No sé que tiene pero no habla. Lo encontré hace unas horas así como lo ven, perdido 6 kilómetros atrás, hacia el sur.

—Traigan algo para que se seque, por favor —vociferó Cao.

Desde el fondo del salón, de un lugar que nunca estaba iluminado, emergió Emerson, hombre casi de la tercera edad, calvo, delgado y resuelto. Era una especie de líder de nuestro grupo. Se acercó al chico y le

pasó un paño seco para que se secara el pelo y la cara.

—Vengan, siéntense —dijo después haciendo que nos fuéramos al comedor en forma de L.

—Hoy comimos atún en lata con arroz masamorriente —esbozó una sonrisa. —Por favor, coman —añadió con calidez.

Hace meses que venía conociendo a Emerson. Era un hombre en extremo calmo y razonable. Todo lo hacía con seguridad pero siempre lo consultaba con el resto. De mí, tenía todo el respeto posible que se le puede tener a alguien enfrentado a las circunstancias en la que todos nos veíamos envueltos

Esta vez, sin embargo, parecía llevar la batuta sin consulta previa. Supuse que debía ser por la presencia del niño pero algo me decía que se debía a algo más.

— ¿De dónde vienes tú? — preguntó Cao a Vidal sentado en el comedor y frente a él.

—Vengo del sur. Por allá las cosas se pusieron feas.

—No creo que peor que aquí —atajó el Sr. Kimo.

—Todo está revuelto, en todos lados. Ellos son más y lo van invadiendo todo, sin piedad. —añadió Vidal —no solo afuera, sino aquí también — y se apuntó la sien derecha con el índice de la misma mano. Luego se engulló con ansiedad una cucharada de arroz.

—Come, no tengas miedo —le dijo Cao al niño.

El chico comenzó a hacerlo lentamente, con clara desconfianza y sin mirar a nadie.

— ¿Cómo supieron que estábamos aquí? —preguntó Emerson.

— ¿Ah? — esbozó Vidal con nerviosismo.

—Tú y el niño. Cuéntanos todo.

—Primero llegué a un lugar que al parecer, solía ser un colegio y allí no me dejaron entrar. Había gente armada protegiendo el lugar. Rogué por ayuda y me hablaron de un lugar a 3 kilómetros en esta dirección, un lugar con una cortina metálica. Y aquí estamos.

Noté que Emerson miraba con recelo al hombre mientras seguía su historia. Percibí la desconfianza en su forma de asentir y en sus gestos

cuidados.

- ¿Y el niño? ¿En qué momento lo encontraste? ¿Cómo?
- Vagando junto a la carretera, hurgando entre los escombros.
- ¿Solo?
- Completamente solo, como perro abandonado.

Emerson me miró por varios segundos y bastó ese sencillo gesto para decirme que desconfiaba totalmente de la historia de ese hombre.

Otras preguntas surgieron durante la próxima hora de parte de todos los que ahí estábamos. Nos enteramos que Vidal había sido un profesor de matemáticas, que disfrutaba de una vida de soltero, sin mayores preocupaciones más que pagar cuentas y el crédito hipotecario de su departamento ubicado en la principal avenida de una ciudad pujante del sur. Hacía deporte ocasionalmente y salía con una chica llamada Natalia cuando todo estalló. Después de eso su vida se había quedado atrás para siempre.

Mientras Vidal contaba su historia, yo no podía dejar de mirar al niño comiendo con desgano. Su pelo castaño se había secado y una chasquilla caía cubriendo su frente. Sus manos pequeñas y delgadas parecían apenas tener la fuerza para sostener la cuchara con arroz o atún según lo que decidía. Y lo recordé. Lo había bloqueado por años. Porque traerlo a mi mente día tras día era muy doloroso. Gaspar era su nombre y debía de tener la misma edad que este muchacho cuando lo vi por última vez. Sin embargo eran muy distintos, Gaspar tenía el pelo negro azabache y lo llevaba siempre muy corto, sus ojos eran castaños y tenía algo de sobrepeso que en él se veía gracioso. Era hiperactivo igual a su padre cuando era niño. Su llegada al mundo fue una sorpresa y con seguridad lo mejor que había salido de mi hermano menor en toda su vida.

Amaba a Jaime, fue mi único hermano y compañero de juegos en la niñez, pero Gaspar fue una bendición de la que me enamoré desde el primer día que lo vi en ese hospital antiguo donde también habíamos nacido nosotros muchos años atrás.

Lo malcrié por completo, para lo otro estaban sus padres. No hubo juegos, películas, partido de fútbol o golosinas que le negara. Y por mucho tiempo mientras crecía, me sentí culpable por esa gordura simpática que llevaba con la mejor gracia y sin preocupación. Pero por sobre todo intenté estar ahí con y para él. Ser el mejor tío del mundo. Gaspar sacó lo mejor de mí. No recuerdo un mejor momento de mi vida que los años que pasé gateando por el suelo haciéndole morisquetas, llevándolo al estadio transformándolo en seguidor del equipo de mi vida o incluso yendo a

alguna reunión de su escuela cuando sus padres no querían, todo para luego burlarme con él de sus profesores inventándoles apodos.

Por ello, se que su pérdida fue la que mas sentí y sentiré. No poder verlo siquiera un día antes de que toda esta mierda partiera y enterarme después del destino que corrió con sus padres fue demoledor. Lo perdí todo y a todos, como muchos de los que aun aguantamos este mundo loco en el que vivimos pero perderlo a él primero fue devastador.

Durante mucho tiempo intenté no pensar en él y creo que lo logré luego de décadas de intentarlo. Hasta esa noche. Lo reconocí en la forma de guardarse la comida en la boca, inflando sus mejillas como un hámster, seguramente porque odiaba lo que había disponible para comer esa noche.

Me puse de pie y fui a mi tienda, en una habitación posterior y que antes había sido la bodega del lugar y que aun olía a café y canela. Al minuto volví con mi objetivo y lo deposité en la mesa para deslizarlo con suavidad hacia un costado de su plato.

No miento que vi sus ojos abrirse con entusiasmo y brillar. Su verde destelló.

—Ahora son tuyos —susurré asintiendo y mirando la bolsa de pastillas de chocolates cubiertas con saborizantes de distintos colores. El chico apartó la cuchara y con un ánimo sorpresivo abrió el envoltorio, vertió un par de pastillas en la palma de su mano y enseguida de las llevó directo a la boca. Reconocí a Gaspar en sus ojos verdes y expresión agradecida.

—Necesito hablar contigo —me susurró en el oído Emerson quien se había puesto de pie segundos atrás. En ese momento miré al niño y vi como su alegría contenida se transformaba en preocupación a lo largo de su blanco rostro. Abandonó el paquete con las pastillas y volvió a mirar un punto incierto de la mesa como quien recuerda que ese es su estado normal y no se puede permitir otro, menos el de la alegría.

Acompañé a Emerson a la barra de la ex cafetería.

—Es un espía —espetó —estoy seguro. No termina de convencerme su historia.

—A mi tampoco —dije — ¿Y qué pretendes?

—Hacerlo hablar —y me miró como buscando aprobación sobre lo que sabía a lo que se refería. Yo asentí.

—Llévalo al baño —agregó y luego volvimos a la mesa.

—Deberías secarte también Vidal, el baño está por acá, te acompaño —le dije al hombre y este agradeciendo se puso de pie.

Mientras me apartaba de la mesa, le di una última mirada al niño comprobando que Gaspar se había ido. No quedaba nada de él en este chico que volvía a ser un desdichado ser concentrado en sus propios dilemas y traumas.

Vidal me siguió hasta el fondo del salón y luego nos internamos en un corto pasillo, le indiqué la puerta del baño que traspasó confiado. Cao se me adelantó en ese momento e ingresó al lugar seguido de Jano, otro muchacho joven del grupo. Tras ellos cerré la puerta y me aparté.

Escuché los golpes y suplicas del hombre por 20 minutos y no fui capaz de soportarlo más. Volví a sentarme en el comedor y luego de sacarme la imagen de la tortura que dentro del baño se llevaba a cabo, noté que el niño no estaba, miré en torno incrédulo para volver a la mesa. El paquete con las pastillas multicolores tampoco estaba.

Súbitamente comenzó a sonar una alarma aguda y potente que retumbó casi con dolor en mis oídos. Venía desde dentro, sin duda. Incrédulos nos miramos todos los que allí estábamos y casi al unísono nos dirigimos corriendo al baño, desde allí Cao y Jano salieron desconcertados.

— ¿Qué es eso? —gritaron todos entre el ulular infernal.

— ¡Él fue! —dijo Emerson apuntando a la puerta del baño cerrada con Vidal aún dentro.

—No, estuvimos con él todo el tiempo —respondió Cao. —No hizo nada.

—Viene desde aquí dentro —dije.

Todos sin orden previa comenzaron a buscar el origen del inaguantable sonido hasta que dimos con él: una esfera de plástico depositada en la barra donde minutos antes habíamos conversado Emerson y yo. Una luz roja parpadeaba sin cesar desde el aparato cubriéndolo todo de ese color.

Víctima de un impulso divisé la primera puerta de entrada abierta, los maderos en el suelo y al niño abriendo el último candado de la cortina metálica. Cao corrió a su encuentro pero fue demasiado tarde. Una decena de hombres vestidos de uniforme y cascos negros la abrieron e ingresaron a nuestro refugio. Cao fue el primero en caer víctima de una ráfaga de disparos venidos de una de las metralletas de esos hombres. Luego sentí que todos los demás lo siguieron y abrieron fuego en el

interior. Me guarecí tras la barra y desde ahí pude ver al niño apuntando con el índice en dirección a Emerson. Ahí descubrí estaban allí por él.

El sonido de las metralletas disparándose era brutal, casi intolerable tanto como los gritos y maldiciones lanzadas al aire por Emerson y el resto de mis compañeros. Me cubrí los oídos, y permanecí agachado y esperando lo peor con la cabeza entre las piernas. El contacto de su pequeña mano en mi cabeza me perturbó. Hizo que la irguiera como quien pretende que un niño enojado miré la lección que le dará, y lo observé a él frente a mí con actitud seria, fría y adulta. Sí, adulta, ante mí no veía a un niño, sino un adulto implacable e inmutable. Me miró sin expresión alguna y me hizo un gesto con la palma de la mano para que esperara. Y eso hice.

Pronto los disparos y los gritos cesaron. Los hombres de negro se fueron haciendo sonar los cristales de ventanas, platos y copas rotas tras sus pasos. El último fue él, indescifrable y frío echándose un puñado de pastillas multicolores a la boca y saliendo como quien deja un espacio sin vida. Y en eso se convirtió. Eso era. Eso es.

Desde ese momento estoy solo. Hasta los cuerpos de mis compañeros de escondite se llevaron. Cambié de lugar, a este casino, con otra gente pero sigo solo. Mejor así. Hay días como hoy donde solo espero encontrar la muerte pronto. Pero aún así y a mi pesar, hay algo que hace que se siga apreciando la vida. Es difícil soltarla. Ganas de hacerlo tengo cada día y más que antes. ¿De qué sirve un mundo así, sin un ápice de inocencia? ¿Dónde se fue Gaspar? ¿Qué hicieron con ellos?

FIN.